

DOS PALABRAS

SOBRE

DEMOLICIONES Y REFORMAS,

POR

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.



000325473

PARIS.

IMPRENTA Á CARGO DE D. JUAN GUASP.

1851.

DOS PALABRAS

DE

DEMOLICIONES Y REFORMAS

DE

D. JOSE MARIA QUADRADO.

EN

IMPRESA Y CARGO DE D. MANUEL GARCIA.

1851

I.

Decadencia de la arquitectura. Espiritu de destruccion.

Menosprecio práctico de los monumentos.

Si desventajosa y humillante bajo muchos conceptos resulta la comparacion para nuestra época respecto de las anteriores, bajo ninguno es tan palpable su decadencia como en orden á la arquitectura. Al fin las ciencias físicas, á espensas de las morales, sobre los fundamentales principios y luminosas teorías que otros siglos establecieron, ensanchan sus inventos y aplicaciones; al fin las sociales y filosóficas con sus eruditas pretensiones y pomposo neologismo encubren el gusano de la duda que las corroe y emponzoña; y la moderna literatura con su brillante oropel deslumbra y fascina; y la poesía suple con postizos afeites sus perdidos eucantos naturales; y las bellas artes para halagar la molicie ó el orgullo de nuestra cultura, conservan dulces ecos ó velados reflejos de sus lozanas inspiraciones juveniles; y hasta la tiránica ley de la moda, renovando sin cesar muebles, trajes, y los objetos de mas íntimo uso, no nos permite conocer cuanto pierden á cada cambio en gusto, solidez y riqueza. Con mas ó ménos lozanía, y hasta con apariencia de progreso algunos, se mantienen todos los ramos del saber y las flores del ingenio

y los frutos de la industria; solo de la arquitectura dudarse puede, no ya si adelanta, pero si existe siquiera. Reducida al trabajo de construir, no siempre con solidez, rara vez con ornato, con buen gusto casi nunca, casas y edificios particulares, destinada al uso individual, sometida exclusivamente á las necesidades y exigencias de la vida comun, posponiendo la belleza á la comodidad bien ó mal entendida, y la misma regularidad á mezquinos cálculos de especulacion ó economía, de noble arte que era ha bajado á ser oficio, perdida toda significacion general, toda idea artística, toda mira elevada. Todavía sin embargo se llama arquitectura, como si la conversacion se parangonase con la oratoria, como si las cartas y libros de memoria cobrasen pretensiones de obras literarias.

¿Y en qué consiste esta precoz ruina, esta degeneracion anticipada? consiste en la irrupcion del individualismo, de la personalidad egoista, del materialismo disolvente; y sus estragos ántes que en otra arte ninguna, dejan sentirse en la que especialmente vive del espíritu social, retrata sus vicisitudes, y se desenvuelve en públicos edificios y durables monumentos. ¿Cómo podrá pues expresar otra cosa que la anarquía moral de nuestra época, la estincion de los grandes sentimientos, la incertidumbre de las ideas, el predominio de los intereses, la interinidad de las obras, el embotamiento del poético instinto? ¿Cuál otra puede ser su tarea que la de alinear calles, acumular pisos, adornar mostradores? Si por excepcion se presenta alguna grandiosa construccion que hacer, algun monumento que levantar, cuanto mayores sus proporciones sean, pónese mas de manifesto la nulidad é impotencia á que

está condenada; sin pensamiento, sin estilo propio, sin atenerse á la imitacion de ninguno, los baraja y confunde todos, produciendo incoherentes amalgamas, en detalle serviles copias, en su conjunto monstruosas creaciones. Inferior en ornato al barroquismo que original era al cabo bien que profuso y estravagante, inferior en regularidad á la clásica restauracion greco-romana bien que intolerante y seca, nuestra arquitectura carece de fisonomía; y la ecléctica consideracion y el entusiasta culto que á los pasados géneros afecta tributar, encubre una desdeñosa indiferencia hácia todos ellos, creyéndose dominarlos con remedarlos bien ó mal, y erigirse un altar sobre sus hacinados escombros. Su esterilidad la vuelve envidiosa y la atiza contra sus modelos; de lo pasado se cuida poco por presuncion, del porvenir por conciencia de su debilidad. Fáltale de noble ambicion, cuanto de insensata vanidad le sobra; aislando sus miras en el tiempo como en el espacio, repara, mutila, destruye, edifica para hoy segun le place ó le conviene, sin pensar en mañana; poco le importa que la futura generacion no herede sino montones de ruinas ó legajos de fastuosos proyectos. Y ojalá al menos que de sus escasas y mezquinas obras no quedasen sino las cuentas, que por ellas acaso juzgaria la posteridad que muy grandiosas y soberbias debieron ser las fábricas en que se emplearon tan enormes sumas.

Apenas se comprende como nuestros constructores titulados arquitectos, al modo que un versificador pudiera llamarse poeta, adornados de todos los conocimientos ausiliares que su profesion requiere, provistos de académicos diplomas, rodeados de modelos en mil y mil láminas

reproducidos, no alcancen (diremos á imitar?) á comprender siquiera las maravillas del arte, que los rudos *pedreros*, los humildes maestros de la edad media, con el instinto mejor que con la ciencia de las reglas, y con la inspiracion de la fe y de la belleza, nos legaron; que esquiven tan cobardemente las dificultades que se complacian en vencer aquellos, que tan atras se les queden no solo en la parte de invencion y ornato sino en la solucion de mecánicos problemas, en cortes atrevidos, en geométricas proporciones, y hasta se asusten de la gallardía y ligereza de los antiguos monumentos, como si á desplomarse fuesen sobre sus cabezas. Apenas se comprende, repetimos, tan densa oscuridad en el apogeo de las luces, tanta impotencia en el seno de los recursos, tanta barbarie á la sombra de la civilizacion. Y á fin de encubrirla, nada se perdona para estraviar el gusto, para proscribir lo que copiar no es posible, para rebajar las reglas al nivel de las facultades presentes y erigirlas en tiránico código, para quitar del medio todo término de comparacion odiosa, para deslumbrar y sorprender los sentidos, adular los intereses, plegarse á los caprichos, é imponer al vulgo en una palabra con su magistral charlatanismo y decantadas mejoras. Preciso es confesar que el objeto se ha logrado, y que este falso gusto de relumbron se acredita y cunde á las mil maravillas, y que de grado ó por fuerza cada cual se apresura á conformar su nuevamente construida ó heredada mansion á esa *simplificacion* admirable, á esa *regularidad* encantadora, á ese brillantísimo revoque que identifica entre sí las manzanas, y rejuvenece nuestras ciudades. Jamas se corrompe el arte, sin que pasando el er-

ror de los profesores al público, haga cómplice á la opinion de sus extravíos; á los mas informes abortos del ingenio nunca han faltado numerosos y sinceros admiradores. Tal habrá miembro de todos los cuerpos arqueológicos y artísticos que transforme en cuadrados balcones los gallardos ajimeces góticos de su casa, ó haga picar las delicadas platerescas orlas de sus ventanas para reconstruirlas á la inglesa: tal habrá suscriptor nato á todas las obras pintorescas que derribe por los cimientos su caseron antiguo, si de su nueva distribucion ha de resultarle un aposento mas. Todos, mal que nos pese, llevamos inoculadas en nuestras venas la manía de la destruccion y las pretensiones de reformistas; y fiar á la ilustracion de nuestros tiempos la conservacion de monumentos y antiguallas, es entregar al capricho de un niño un precioso dije ó un lindo pájaro, que tan pronto lo mima y acaricia, como con ciega inhumanidad lo destroza.

Por esto tal vez á su cargo creyó deber tomarla el gobierno, pasado apénas el primer ímpetu revolucionario, creando bajo todos los nombres y formas imaginables multitud de juntas arqueológicas y artísticas, salvadoras ó conservadoras, que reparasen en lo posible los daños ya causados, ó le advirtiesen de los sucesivos, y estimulando con sentidas circulares su celo y el de las autoridades que debieran apoyarlas. Pero el mismo número de ellas publica su ineficacia; y su existencia es tan nominal é ilusoria, que ha habido necesidad de recordarla á menudo para que no se creyese estinguida. Y no ciertamente por haber cesado los males y peligros para cuyo remedio se establecieron, ó por faltarles ocasiones de llenar su noble encargo: no ha pasado,

no, la época de devastacion y vandalismo que yermó nuestro suelo de bellezas y profanó los mas gloriosos recuerdos; la segur está puesta á la raiz del árbol todavía. Ya no se hiere por lo general á nuevas víctimas; pero mueren de las heridas ó de consuncion las pocas que escaparon del fanatismo destructor. Los monasterios continuan arruinándose en los despoblados, ó sirviendo de graneros; los edificios religiosos en el recinto de las ciudades se desmoronan lentamente si yacen abandonados, ó pierden de pronto toda su fisonomía artística y mas tarde tambien su existencia si se los destina á usos corrientes: en el primer caso mueren á manos del tiempo, á manos del hombre en el segundo. Apenas hay monumento que no dependa del capricho de un particular el reformarlo ó estropearlo; y ninguno hay del cual las autoridades locales, políticas ó militares, no puedan echar mano *en casos de apuro*, incluyendo en estos la llegada de unas cuantas compañías mas de lo regular, ó el voto de un perito cualquiera, para demolerlo si estorba ó amenaza ruina, para destinarlo á cuarteles, almacenes ó usos semejantes que convierten muy pronto en ruina la mas sólida fábrica, si promete aun ciertos años de vida. Se han visto y véense todavía declarados infaliblemente como *ruinosos* los edificios apenas nace algun interes de destruirlos, como nunca faltan al vencedor pretextos de conspiracion ó fuga para deshacerse de sus prisioneros. En tal situacion; cuáles han sido y continúan siendo los resultados verdaderos de semejantes corporaciones? instalarse con estéril aparato para no volver á reunirse, ó reunirse sin trabajar, ó trabajar sin conseguir, ó conseguir sin obtener los re-

cursos indispensables para su propósito; recibir del gobierno sendas promesas de apoyo y asignaciones de caudales, y de las autoridades locales cierta benévola sonrisa por tomar unas y otras tan al pié de la letra; sucumbir en cualquiera lucha ya con funcionarios públicos ya con particulares empeñada á favor de un monumento; asistir cual mudos testigos y hasta cual cómplices en apariencia á la destruccion de las fábricas y objetos mas interesantes que la incuria, el capricho ó la codicia se hayan propuesto aniquilar. Faltas de prestigio y de recursos, al ménos las comisiones de provincia, que de la central creeremos que asi no sea, ¿qué edificio han logrado arrancar al furor ó á los cálculos del vandalismo? ¿qué riguroso fallo suspender? ¿qué golpe parar del hacha destructora? ¿qué gotera remendar, si á espensas propias no ha sido? ¿qué socorro tender á su desvalida grandeza ó hermosura?

Entretanto en insignificantes mejoras de *comodidad y ornato*, en un paseo ó fuente, en proyectos tan pronto acometidos como abandonados, en costosas traslaciones de establecimientos y oficinas de uno á otro edificio, en las mismas demoliciones, se invierten enormes sumas cuya mitad bastara para conservar y adaptar á nuestros usos las grandes fábricas de nuestros antepasados. Nunca se habia visto tan gravado con gastos de esta clase el presupuesto; nunca sujeto á tantas trabas y á tan onerosas condiciones el derecho de edificar. No hay apénas ayuntamiento ni concejal que no se haya propuesto fundir y regularizar la poblacion á su manera, trazando líneas sobre el mapa topográfico cual sobre un yermo erial lo hiciera, sin desviar jamas su in-

flexible recta por consideracion alguna, á no ser una que otra personal. La primera piedra que de antigua fachada se desprende, entraña consigo la ruina de toda ella, para ser luego, sabe Dios bajo que plan, reconstruida; los arcos caen, los saledizos se despejan, los paredones se blanquean, las calles se ensanchan para abrir paso al carro triunfal de la civilizacion, y si por ellas no cabe, se le franquea brecha, como al caballo de Troya, al través de monumentos seculares. Por lo demas, dentro del círculo de las compilaciones municipales en cada lugar y sazón modificadas, bajo la firma de un maestro de obras competente, y con el visto bueno de las comisiones á este fin autorizadas, cualquiera es dueño de realizar los despropósitos mas absurdos en arquitectura, con tal que en correcta formacion se alineen, sometiéndose á ese tipo geométrico que sin distincion de climas y de países, sin filosofía y sin arte, sin respeto alguno al carácter histórico y como á propósito para destruir toda pintoresca perspectiva, se ha constituido como ideal de la belleza y último y absoluto fin de toda mejora. Y á este tribunal formidable para los edificios privados, agrégase respecto de los públicos el de los ingenieros, que vigilantes custodios de la fortificacion y defensa, fiscales de la pública seguridad, picándose poco de artistas por lo general, y avezados á estudiar y considerar las obras bajo otros aspectos, no siempre dan al monumental é histórico la importancia debida, exagerándose tal vez la responsabilidad de su ministerio. Sea dicho sin ánimo de herir los servicios de tales cuerpos ni las luces de sus individuos: pero dolémonos de que sus casi omnímodas facultades sirvan de rémora hartas

veces al espíritu de conservacion y de instrumento al de ruina, que su firma autorice tan á menudo los crueles fallos que han herido de muerte á innumerables monumentos, y que su ejecucion sea tan inapelable y espedita. ¡Cuánta no sería la gloria de su profesion, si léjos de ser considerada como una máquina de guerra é ingenio de batir, sirviera de dique á esa manía destructora que á los azares de la guerra civil sobrevive y á los furores de la revolucion!

Renovacion del caserío de Palma. Estragos del terremoto.

Fachada de la catedral.

Exenta la hermosa isla de Mallorca del azote de la guerra, y sintiendo apenas de rechazo la sacudida revolucionaria, no ha podido sin embargo sustraerse á la accion deletérea de las causas generales de postracion y muerte para la arquitectura. Palma se hermosea, oimos repetir con énfasis; sí, sus calles se enderezan unas, se ensanchan otras; á los sombríos y prolongados aleros reemplazan canales de verde barnizadas, á los inútiles desvanes sobrepuestos pisos, á las raras ventanas numerosos balcones, á los verdosos vidrios y claveteadas maderas grandes cristales y pintadas persianas, al severo arco de los portales el cuadrado dintel, á la negruzca piedra el uniforme blanqueo; pero ¿qué va siendo de los vastos y magníficos zaguanes por atrevidos arcos y aisladas columnas sostenidos? qué de las anchas escaleras con barandilla de góticos calados? ¿qué de las platerescas ventanas y portadas interiores de los entresuelos, y de los gallardos ajimeces góticos del piso principal en dos, tres ó cuatro arcos divididos por gentiles y delgadísimas columnas de gracioso capitel? qué de las galerías airosas de los desvanes, de los cordo-

nes que horizontalmente cortan la fachada, de los robustos sillares con dorado matiz de hoja seca barnizados? Cada año sucumben ó se renuevan muchas de estas interesantes fachadas, que treinta años atras formaban el tipo general de nuestras habitaciones, aun las mas reducidas, hasta en los barrios mas apartados, y que á este paso de aquí á veinte años solo en alguna lámina podremos contemplar. No será, no, ante alguna de esas flamantes obras como el arco del Muelle ó las esfinges del Borne ó la llamada torre del Reloj, que desnuda y sin fisonomía asoma por cima del rico alero de las casas consistoriales, ó ante esa cuesta ponderada tan costosa como irregularmente abierta sobre el solar del mas famoso de los conventos, que veamos detenerse y estasiarse á ningun viagero, no ya de artístico fanatismo, sinó de mediano gusto é ilustracion dotado; será en tal caso ante esos restos de antiguallas milagrosamente preservados de la destruccion ó de la reforma. Merced á su aislamiento, Palma conservaba casi entera su oriental fisonomía y el noble atavío de su época de pujanza, respirando cierto encanto poético, cierta histórica gravedad, inapreciable á los ojos del forastero por su originalidad misma en este siglo de renovacion incesante: ¿era preciso romper acaso su tradicional vestidura para arreglarla al moderno figurin? eran absolutamente inconciliables con las antiguas construcciones las mejoras que la comodidad, la policia ó las exigencias del tiempo pudieran aconsejar? Pero sin atender á su pasado, sin reflexionar en su porvenir, la tranquila é inmóvil capital de las Baleares abdica su carácter para copiar en sí un pálido trasunto de Madrid y Barcelona, menos la importancia y movimien-

to de estos emporios, menos la exuberancia de poblacion con que allí se justifica la estrechez del caserío, menos la regularidad que han enseñado allí la práctica y la vista de buenos modelos en su línea. En nuestras recientes obras preside comunmente el capricho y á menudo la extravagancia: ninguna proporcion entre la amplitud y la altura de la casa, ninguna en el número y en el cuadrilongo de las aberturas: y hasta esa simetría bastarda en que toda la atencion se cifra, no se consigue sinó á costa de balcones *figurados* y de fingidos portales, sucediendo tal vez que creyendo haber hallado la entrada de un edificio de grande apariencia, tropeceis con un paredon, y en vez de aldaba con el caño de una fuente.... Por cierto que nos sienta bien un poco de indulgencia, con las *singularidades* de nuestros mayores.

Menos grave fuera aun el daño si limitado á las construcciones particulares no se estendiera á los edificios públicos y especialmente á los religiosos. De la pérdida lamentable de uno, cuyo vacío no han podido cerrar catorce años, no haremos responsable por cierto la depravacion del gusto, ni la presuntuosa ligereza é ignorancia del arte, ni el descuido é indiferencia general; causas eventuales si bien mas poderosas, pasiones mas comprensibles aunque mas funestas sin duda, produjeron la demolicion de Santo Domingo, de la obra magnífica de Jaime Fabre, de la hermana de la catedral de Barcelona: la revolucion reclamaba su víctima, y la piedad, las artes, la ilustracion se la disputaron palmo á palmo, y la opinion selló con afrentosa indeleble marca el ominoso triunfo de aquella. Pero en el abandono de los que sobrevivieron, en la consuncion lenta

y á veces acelerada de fábricas que á poquísima costa pudieran utilizarse para el servicio público ó reservarse para ocasiones necesarias, en los siempre renacientes proyectos y frustradas tentativas de traslaciones y derribos, en la frialdad con que ha sido acogida toda reclamacion artística y todo esfuerzo reparador, en los parciales destrozos sin escrúpulo y como por sistema consumados en cuanto huele á antigualla, revélase no ya el huracan que troncha ni el torrente que atropella, sinó el helado soplo que marchita, la pertinaz gotera que socava y mina y se infiltra por las grietas; hallamos en fin el espíritu de la época tan mezquino, tan perezoso, tan cobarde en conservar, como pródigo, activo, intrépido para destruir. Las ruinas han parecido esplotables; y la especulacion arrebatando la piqueta al odio y á la venganza, ha mostrado saber manejarla con mas perseverancia y destreza. Ya que no permite la miseria de los tiempos á la moderna arquitectura hacer alarde de sus primores en nuevas obras ó reparos, le ha proporcionado espeditas vias para nivelar alturas ó despejar solares.

De consiguiente no acusemos de riguroso el temblor de tierra que en la madrugada del 15 de mayo último estremeció fuertemente nuestras asi recientes como antiguas, asi grandiosas como humildes fábricas, imparcial é incorruptible como la guadaña de la muerte: sus estragos mas visibles alcanzaron solo á derribar la linterna de la torre de San Francisco y á cascar el remate de la del Socorro; la primera bien ó mal se está recomponiendo de limosna, la segunda piramidal y esbelta, como una copa de ciprés, se ha rebajado ó mas bien truncado hasta donde se creyó conveniente, ofendiendo los ojos del que recuerda

su gallardía (1). De las dos agujas que flanquean la gran fachada de la Seo, sobre cuyo desplomo se habia escitado nuevamente la atencion tras de diez años de olvido, despertando en el público mas curiosidad que inquietud, respetó el mal intencionado terremoto la del ángulo que mas inclinacion presenta y que mas alarmaba á los peritos, rajó y derribó la estremidad de la opuesta que por mas aplomada y moderna mayor seguridad inspiraba: ahora las dos, pagando justos por pecadores, y á fin de establecer una triste simetría, presentan por igual cortada su aguda cúspide que por cima de la grandiosa mole gentilmente descollaba (2). Pero no se trata ya del exterior ornato, ni de mutilaciones mas ó menos importantes en los accesorios; trátase de la conservacion misma del gigantesco edificio terriblemente comprometida, si se pone mano al reparo de su desplomo, antes de averiguar concienzuda y detenidamente la causa que lo produce, á riesgo de agravar el mal cuyo remedio se procura. Si el daño, cuya progresion en el trascurso de dos siglos no está bastante demostrada con irreprehensibles mediciones, y cuya inminencia es por lo menos problemática, si este daño reside en

(1) *Posteriormente hemos sabido que en poder del custodios de dicha iglesia existe una lista de suscripcion para reconstruir exactamente en su primitiva forma aquella torre, cuyas piedras se tuvo la precaucion de numerar al desahacerla; y de esperar es que la piedad de los fieles complete pronto la pequeña suma necesaria á este objeto tan piadoso como de verdadero ornato para la ciudad.*

(2) *Téngase presente que este articulo se escribió en los primeros dias de este mes cuando tan solo se hallaban desmochados los torreones, de cuyo completo derribo parece tratarse ahora.*

el empuje de las bóvedas, y no en la debilidad de los cimientos, como ha pretendido un articulista de indisputable talento, digno aunque *profano* de los honores de la discusion, con razones que el público viéndolas incontestadas ha podido creer incontestables (3), en este caso el desmonte del macizo paredon hasta el nivel de los arcos interiores, no contrarestando ya con su resistencia el impulso de ellos, traeria consigo el hundimiento de las naves y precipitara una catástrofe cuya posibilidad mas remota hiela desde luego la sangre en las venas. Tremenda responsabilidad, cien veces mas tremenda que la de abandonar la fachada á su intrínseco riesgo, pesaria entonces sobre el imprudente re-

(3) *Alusion á los razonados y notables articulos del presbitero D. Rafael Oliver, que vieron la luz en el Diario constitucional del 25 de abril y 9 de junio de este año. Y no es tan peregrina esta opinion que no participara de ella y la consignara en su escelente obra RECUERDOS Y BELLEZAS el malogrado D. Pablo Piferrer, cuyos conocimientos artisticos y profunda observacion de los monumentos nadie se atreverá á poner en duda. Ocupándose de la fachada de la Catedral, escribe: «Junto á la puerta hay otras dos torrecillas no concluidas, flacos estribos para contrarestar el empuje de las arcadas que dividen las naves.» Y abajo en una nota: «Ya los arquitectos que sucesivamente dirigieron la obra, debieron de temer por la firmeza de aquella atrevida linea de bóvedas, que bien asegurada por los estribos del remate, quedaba espuesta mientras por tanto tiempo duraba la construccion y no se le oponian contrafuertes por la parte del frontis. Ello es que de los catorce pilares que siete á cada lado dividen las naves, los cuatro mas inmediatos al altar mayor tienen siete palmos y medio de diámetro, los dos siguiente ocho, y los demas nueve y medio. Pero esta precaucion no ha podido impedir que el gran frontis de veinte palmos de espesor cediese un tanto al empuje, y por su parte superior tomase una inclinacion que ya de lejos el viajero divisa con espanto.»*

formador; y mucha y muy imperturbable confianza en la ciencia propia se necesita para arrostrarla. En materia tan irreparable y tan trascendental no es la actividad y brio, sino la madurez, el detenimiento, la observacion profunda lo que principalmente se recomienda: un fallo tan grave bien merece ser razonado. Lo cierto es que sin distincion de clases la ciudad entera, que tanto derecho de ocuparse tiene en una cuestion que es toda suya, tiembla ya del reparo mas bien que de la ruina; y azorada se pregunta si la temeridad de los hombres, antes que el vicio de la fábrica ó la injuria de los años, la privará arrebatadamente del mas glorioso monumento de nuestros mayores, en que la piedad de cuatro siglos apuró sus riquezas y el ingenio su trabajo.

III.

La torre del Angel.

Pero otra víctima mas segura y pronta debia inmolarse en obsequio del terremoto, como para aplacar sus iras y conjurar sus rigores; y en los primeros dias de junio vióse maniobrar sobre la plataforma de la ancha torre del real Palacio una falange numerosa de peones, antes de saberse que su destruccion estuviera decidida, antes de divulgarse siquiera el daño que tan fuerte medida motivaba. Creyóse al principio que se trataba de un reparo, despues de una rebaja de altura cual en otras ocasiones la ha sufrido; mas la piqueta seguia abatiendo uno y otro torreón, y sigue bajando, bajando siempre, sin que sepan donde ha de detenerse los brazos mismos que la manejan. Sin duda que á tan extrema resolucion hubo de preceder un prolijo y concienzudo reconocimiento, y que de él debió brotar evidente y luminosa cual la luz de mediodia la triste conviccion de que inútiles serian los recursos del arte para salvar al coloso de piedra, y que si las apariencias eran de solidez y perfecto aplomo en sus cuatro muros las apariencias mentian, y que allí donde los ojos superficiales penetrando en el interior no veian tal vez sino renovadas grietas de no difícil remedio, leyeron los inteligentes terri-

bles síntomas de próximo y total hundimiento al cual un prudente derribo debía anticiparse. Por esta vez no anduvieron lentas las consultas, ni complicados los trámites, ni abultado el expediente, ni embarazosas las competencias, ni escasos los recursos, aunque no tan copiosos sin duda como la voz pública exajera suponiendo nueve mil duros destinados á estas obras: sea como fuere, ¿qué mas pronto ni mas feliz despacho pudiéramos desear para tantos otros asuntos de pública utilidad y fomento que yacen bajo el polvo de las oficinas? Y ya que S. M., espuesto una vez el indicado peligro, ha consentido en que se destruyera el mas bello ornato y peculiar fisonomía de la mansion de sus augustos progenitores, pues no parece creible que á vista del Administrador de su Patrimonio, sin su beneplácito ó conocimiento siquiera, se procediese al derribo de una parte tan principal del palacio en que la corona desde remotos tiempos otorgó generoso albergue á los virreyes y capitanes generales; no nos resta ya sino deplorar el prematuro fin de este poético monumento que á mas larga existencia parecia destinado.

No faltará acaso quien nos pregunte qué belleza y mérito á nuestros ojos encerraba aquel grupo descomunal de cuadrados torreones, no ya de barbacanas ceñidos ni de almenas coronados, solo por su elevacion y adusto colorido recomendables, sin mas adorno que el de sus ventanas ó ajimeces la mayor parte tapiados; ó qué recuerdos contenian aquellos gruesos y sombríos muros, sinó los toscamente esculpidos nombres ó sofocados gemidos de los reos de estado que añejos bandos ó causas políticas allá sumieron. ¿Qué recuerdos, decís? los de una serie de domina-

ciones, los de una dinastía de reyes, la historia de las vicisitudes de un país á cuyos destinos presidió el permanente alcázar. Al rededor de este formóse en remota época, tal vez en la goda, tal vez en la romana, la pequeña y fuerte ciudad que llamaron los árabes *Almudaina* ó *ciudadela*, como al rededor de esta se estendió mas adelante en semicírculo el resto de la poblacion: su fortaleza constituia el cuarto y último recinto que dominaba á principios del siglo XII la triple muralla de la plaza sarracena, y en el cual se guarecieron con desesperado brio los musulimes en 1115, estrechados por la vengadora espada de catalanes y pisanos; por aquellos muros, cortados á pico sobre las olas, descolgóse el valí Burabé, buscando ya su salvacion en la fuga que las naves del valiente Dodon le cerraron; y cuando los móviles castillos de madera de los sitiadores ganaron como al abordaje su erizada altura, corrió la sangre por el pavimento, la llama por la techumbre de sus estancias, rodaron cadáveres precipitados por las ventanas, ondeó la cruz sobre las derruidas almenas. A la noble stirpe del poderoso Mudjehid, señor de Denia, reemplazaron en la posesion de aquel palacio, como en la de toda la isla, los jeques Almoravides, arrojados á su vez por los Almohades, manteniendo allí todos un simulacro de corte y gozando de sus pirateadas riquezas en el seno de las delicias: pero trascurrido poco mas de un siglo desde el pasagero estrago de los de Pisa, atravesó los umbrales de la real morada un conquistador mas generoso y humano, Jaime I de Aragon, apartando de ella el hierro y la tea incendiaria, y confiando sus tesoros á la custodia de un santo religioso.

Erigida Mallorca en reino independiente, el

alcázar de la Almudaina pasó á ser verdadero real palacio; y cuando Jaime II en el último tercio de su reinado poseyó al fin tranquilamente la corona legada por su padre el Conquistador, adornó con obras magníficas su hermosa residencia, sin quitarle el carácter moruno ni el aspecto belicoso. Entónces, en la primera década del siglo XIV, frente el uno del otro, el real palacio y el castillo de Bellver en la próxima colina, surgian á la vez y desenvolvian sus bellas formas, bajo la direccion acaso de un mismo arquitecto, Pedro Salvá, decorados al par sus salones por el pincel de Francisco Caballer; entónces la vieja mansion de los valses vió brotar en su seno la interesante capilla de Santa Ana, y sobre el mar y sobre el huerto á mediodia y á poniente tendió sus ojivales galerías mutiladas hoy por mas recientes fábricas, y se levantaron sobre los antiguos murallones gallardas torres de piedra encerrando abovedadas y lujosas estancias, y á las angostas saeteras reemplazaron gentiles ventanas, y sobre el torreón altísimo del homenaje asentóse en lugar de vigía el famoso ángel de bronce que le ha dado nombradía. Allí en 28 de mayo de 1311 cerró los ojos el espléndido soberano; allí su hijo el bondadoso y enfermizo rey D. Sancho alternó sus pacíficos dias con los que en su predilecta villa de Perpiñan gozaba; allí el infortunado Jaime III nieto del II desde su temprana juventud vió acumularse por el lado de Aragon las negras nubes que le presagiaban destronamiento y muerte. Huérfano despues de reyes propios el palacio, pero sirviendo de residencia á los gobernadores de la isla, conservó un reflejo del esplendor y grandeza de la ostentosa corte mallorquina. Sus nuevos due-

ños los monarcas de Aragon en el mismo siglo XIV lo visitaron, pero cada vez en perjuicio de Mallorca; Pedro IV para uncirla á su yugo, Juan I para arruinarla con sus exacciones y sa-raos. Paz y sosiego, cual nunca lo disfrutó en su agitada vida, aunque siempre bajo la suspi-caz mirada de su tirano padre, halló hácia 1459 en aquellos vastos y desiertos salones el tan in-feliz como virtuoso Cárlos de Viana, entregado por algunos meses al estudio y al retiro; y un escondido reino dijo haber encontrado, al entrar por su patio, el insigne emperador Cárlos V, que descansó allí cinco dias, de 13 á 18 de octubre de 1541, ántes de partir á su malhadada espe-dicion de Argel. Enumerar los huéspedes de sus regias salas y los huéspedes de sus sombrías tor-res, y los espectáculos y festejos, y las escenas ya de luto ya de regocijo que á su pie han ido desfilando, seria recopilar en un breve espacio la historia y las costumbres de veinte generacio-nes, sus anales políticos y sus fastos criminales, sus glorias y sus revueltas, sus alegrías y desven-turas: todas despertaron eco en aquellas bóvedas, todas dejaron sulco en aquellos muros dene-gridos.

Ahora bien; ya que los virreyes, generales y demas funcionarios en el vasto edificio alojados, al tenor de sus caprichos ó necesidades alteraron la primitiva estructura; ya que por el lado de mar se presentan renovadas sus dos filas de bal-cones y con deformes escrecencias obstruida su fachada, al paso que hácia la huerta ábrese un caos de galerías, balcones y ventanas de todas fe-chas y tamaños, sin órden ni concierto distribui-das; ya que las salas del piso bajo y del principal se han modernizado todas, excepto el real orato-

rio privado que por medio de una tribuna comunica con la capilla de Santa Ana, rivalizando con ella en gallardía, y que desaparecerá el día menos pensado sin haber obtenido de nadie un recuerdo, ¿qué le restaba ya al real Palacio, para insignia de su belicoso origen y augusto destino, sinó la corona de torres eminente que por cualquier lado descollaba, humillando y comprimiendo las mezquinas obras particulares, y como proclamando su soberana pertenencia? ¿Qué será ahora sinó un vetusto caseron sin regularidad ni simetría? Sobre la anchurosa azotea, por cuatro angulares torres flanqueada, erguíase la del *Angel*, que si bien rebajada hasta el segundo cordón en 1756, al año siguiente del formidable terremoto de Lisboa del cual llegó á la isla un débil eco, solo á la contigua mole de la Catedral cedia en altura. Las altas bóvedas cruzadas en arco, los severos portales en semicírculo, los anchos alféizares de las ventanas ya sencillas ya partidas por esbelta columna, las molduras y arabescos de tapiadas galerías, caracterizaban aun los aposentos de las torres y los subyacentes á la azotea; y á leve costa se les devolviera la distribucion y forma que les dió su real fundador, trocándolos otra vez de lúgubres mazmorras en risueñas y magníficas estancias. ¡Qué rosada y esplendente se quebraba la luz de la mañana en los ángulos y recodos de los opacos torreones! qué misteriosos y blandamente tristes descendían á bañarlos los rayos de la luna! cada hora tenia allí su encanto, cada punto su perspectiva. Pobres torreones, inmolados para seguridad de la poblacion que un tiempo defendian! si opusieron rebeldes al hierro destructor la nativa dureza y perfecta trabazon de los sillares,

resonando con los golpes cual si de bronce fuesen, alménos no hubieron de ser apuntalados para prestar pié firme á sus demoleedores. Pobre torreón del homenaje! ayer el perfil de su ángel protector combinábase con las coronadas agujas de la Seo y con la magestuosa nave de Santo Domingo, diseñando sobre el azul de los cielos un bello grupo que de léjos saludaba el navegante; mañana descubrirá en su lugar un espantoso vacío. Necios lamentos, dirá alguno, á propósito de un montón de piedras! pero piedras y terrones forman ese mágico sér que se llama *patria*, y los puntos culminantes son los rasgos de su fisonomía. ¿Diréis tambien, necio amor el de la patria?

Y el ángel, contemporáneo de la torre, que vino á fundir de Perpiñan Francisco Campredon, con tornesa y media (26 dineros) de salario al dia, que Jaime II impaciente de verlo hizo traer á Sineu, donde á la sazón residia, para examinarlo á su gusto; que plegadas y casi rozagantes las alas, caida hasta los pies la vestidura, armado el pecho como de una coraza con aquellas palabras divinas *et Verbum caro factum est*, tendido el brazo durante cinco siglos y medio, señaló el viento con el dedo índice girando á merced de sus mudanzas, ¿cuál será el destino de esta interesante figura? Pobre ángel tambien! pendiente como de una horca te vimos el 6 de junio, y el 28 aun tendido boca al suelo en la azotea bajo haces de maderos, á pesar de lo que anticuarios y autoridades en salvarte se han interesado. Bien pudiste presagiar tu próximo y cruel destino, el dia en que viste arrancar de la torre piramidal de San Miguel al ángel tu compañero: Dios te conceda ménos acer-

bo fin. Ahora si bajas entero de entre los escombros, si no tiendes el vuelo á países mas hospitalarios, si la curiosidad de un aficionado no te acota por propio, irás, ángel cesante, á ocupar un puesto al abrigo de la intemperie en ese invernáculo donde pierden su aroma y lozanía las flores arrancadas del nativo suelo, en esas salas de asilo donde se reunen los objetos artísticos huérfanos del edificio que los sostuvo, en ese cementerio, al fin, llamado *museo* que está por crear todavía; y la soledad no te asuste, que en breve acaso irán á reunirse allá contigo los privilegiados destrozos y esculturas de los monumentos que en pié nos quedan.

